



ARTÍCULO PARA PADRES 111

Buscando niños de verdad

Hoy, por razones de seguridad, perdieron la vereda, el juego y ese cansancio que pedía comida y un sueño reparador. Existe abundante bibliografía que anuncia el fin de la infancia, como si de a poco se fueran desvaneciendo los límites entre adultos y niños, con la consiguiente pérdida de la esencia de lo infantil.

Recuerdo a Ernesto Sabato decir, en La Resistencia: “En la desesperación de ver el mundo, he querido detener el tiempo en la niñez. Dejar a los niños en la vereda, conversando o jugando, y parar el tiempo para no permitir que cuestiones del mundo adulto los quiebren, los lastimen. La idea es terrible. Parar el tiempo es como parar la vida. Nos queda encarar con urgencia una educación diferente”.

Hoy, por razones de seguridad, perdieron la vereda, el juego con amiguitos y ese cansancio físico que pedía una buena comida y un sueño reparador. Encerrados en casa, sin poder abrir la puerta para ir a jugar, ocupan el tiempo en juegos solitarios, casi siempre electrónicos.

Otros acceden por internet a sitios y a informaciones no pertinentes para un niño, lo que hace que corran riesgos cada vez más frecuentes. Hablan y visten como mayores, piden regalos o salidas que no corresponden a su edad.

Un párrafo especial merecen los chicos de la calle, quienes crecen en situación de abandono por causas familiares, sociales y gubernamentales.

¿Cuándo estamos ante un niño de verdad?

Un niño de verdad tiene deseos y voz propia acordes a la etapa de crecimiento.

Un niño de verdad se encapricha, se rebela frente al límite, juega hasta el cansancio, demanda, tiene amigos, sonríe, ríe, llora, habita su cuerpo, se adueña de su palabra.

Qué lo define

Quizá peque en la simplificación, pero un niño de verdad se caracteriza por los siguientes aspectos.

- Tiene adultos que, ejerciendo la función materna y paterna, lo alojan en el amor, se hacen cargo de la crianza, protegen su infancia, les muestran el mundo de a poco, tratan de que las temáticas adultas no los invadan con sus excesos y desbordes.
- Es capaz de jugar casi sin nada, sin depender de juguetes y de pantallas sofisticadas.
- Se siente amado y valioso, y se maneja dentro de los límites enseñados y aprendidos.
- Fantasea, imagina, desea, miente. Y todo eso implica el registro del otro y de ellos mismos, y la construcción de una realidad quizá menos dolorosa.

Un niño de verdad tiene adultos educadores que sacan de su vida la violencia, la discriminación, el consumismo exacerbado y el individualismo feroz.

Un niño de verdad crece en una sociedad con políticas sociales que alejen a los padres de la angustia por sobrevivir y con políticas educativas que le provean una escuela más cercana a su vida, donde la tecnología y la palabra se den la mano en espacios de expresión y autoría.

Un niño de verdad necesita docentes calificados, prestigiados y apasionados, que le contagien el deseo de aprender.

Un niño de verdad precisa abuelos que rescaten los cuentos, las historias familiares, los juegos casi sin nada, la magia y la fantasía.

Un niño de verdad necesita adultos convencidos de que un hijo sano necesita amor y límite, que amar es dar y privar, y asegurar un diálogo confiable para que el niño exprese sus sentires y decires.

Padres que no los apuren, que respeten los tiempos del crecer, que no se dejen influenciar por la publicidad que sitúa a sus hijos, desde muy pequeñines, en el lugar de consumidores no críticos.

Un niño de verdad necesita padres pensantes, que sean capaces de cuidar el mundo infantil filtrando y evitando lo que puede perjudicar la esencia de la niñez.

Un niño de verdad crece en una familia (cualquiera sea su constitución) que teje raíces fuertes para que sus vuelos (cuando llegue la hora) sean altos y menos riesgosos.

Por Liliana González. 22 de mayo de 2018

<http://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/buscando-ninos-de-verdad>